DON GUILLERMO LOHMANN VILLENA

Por *ENRIQUETA VILA VILAR*

Excmo. Sr. Director
Excmos. e Ilmos. Académicos
Familia de los homenajeados
Sras. y Sres.

Creo que hoy es un día grande para nuestra Academia. Rendimos homenaje a tres Académicos de Honor, que son, sin duda, cada uno en su especialidad, tres grandes puntales de la Historia. Los tres gozaron de una larga vida, los tres tenían un gran amor, casi obsesión, diría yo, por los Archivos y Bibliotecas, los tres trabajaron lúcidamente hasta el último momento y, por tanto, los tres han dejado una abundantísima obra historiográfica de excelente calidad y han sido maestros de varias generaciones.

Aunque no tuve la suerte de ser alumna de ninguno de ellos, sí la tuve de que los tres me honraran con su amistad. Una amistad sincera a través de la cual tuve ocasión de adentrarme en la personalidad de cada uno y eso ha sido para mi uno de los mejores legados que de ellos he recibido, porque, a la par que me enriquecían con su maestría, lo hacían, sobre todo, con su sencillez, su humanidad, su hombría de bien. Fueron los tres grandes hombres y fuertes personalidades. Por todo ello, la Academia debe sentirse orgullosa de haberlos tenido como Académicos de Honor y de poder rendirles este pequeño homenaje.

Aunque mi misión hoy es resaltar la figura de D. Guillermo Lohmann, me permitirán Vds. que dedique unas líneas a re-

memorar algunos rasgos de mi relación con D. Juan y D. Antonio de quienes guardo recuerdos imborrables. Muy brevemente, porque los compañeros que me han precedido han hecho una semblanza completa y conmovedora de cada uno de ellos. Pero no puedo resistirme, en un día como hoy a compartir con Vds. mis emociones.

Conocí personalmente a D. Juan Manzano, hace ya muchos años, en Madrid, cuando los dos formábamos parte de un Tribunal de Oposición. Era mi primera experiencia en algo tan enojoso, y no tengo que decir que me encontraba tan nerviosa como los propios opositores. Sin embargo, aquello no me impidió dar abiertamente mi opinión aunque no estuviera muy acorde con otros miembros mucho más experimentados que yo. D. Juan Manzano, con su fina inteligencia, su elegancia y su aguda socarronería, observaba atentamente cuánto allí acontecía e intervenía en el momento oportuno. Todo terminó felizmente y fue para mi una experiencia inolvidable, porque no sólo aprendí todo del maestro, sino que desde entonces entablamos una amistad que duró hasta su muerte. Solíamos vernos durante sus frecuentes visitas al Archivo de Indias en el que los dos pasábamos mucho tiempo. Y, en los últimos años, cuando yo acudía al Archivo menos de lo que hubiera deseado, él me buscaba por la tarde en la Escuela de Estudios Hispano Americanos, donde manteníamos largas charlas en las que me deleitaba con su ingenio, su memoria y su largo anecdotario. Un día dejó de aparecer por Sevilla y supe, sin que nadie me lo dijera, que estaba mal. Efectivamente, me enteré de su enfermedad y al poco de su muerte. Pero D. Juan es de las personas con las que la muerte no puede acabar porque siempre vivirá en el recuerdo de los que le quisimos y, desde luego, en su obra rotunda, indiscutible, seria, minuciosa que ha hecho de él uno de los grandes maestros del Derecho Indiano y también uno de los primeros colombinistas de todas las épocas.

Mi relación con D. Antonio —para muchos de mi generación el profesor Domínguez Ortiz siempre será D. Antonio, sin necesidad de nada más— comenzó en el Archivo General de Indias. Yo acaba de salir de la entonces Facultad de Filosofía y Letras, había leído algunas de sus obras y creo que, a partir de esas lecturas, se despertó mi afición por el siglo XVII, bastante

olvidado por los historiadores de aquellos años. No quiero decirles que me convertí en la discípula insistente y pesada que le consultaba dudas que a él debían parecerle pueriles pero a las que contestaba con una seriedad y una rigurosidad como si estuviera debatiendo alguna de las corrientes historiográficas del momento. Nunca me extrañó el interés por la Historia de América de un especialista, como D. Antonio, en Historia de España Moderna, que en esos años estaban perfectamente dissociadas y, con demasiada frecuencia, discurrían por distintos derroteros. Y nunca me extrañó, porque él, con su visión global del Imperio, supo desde el principio incorporarla a sus trabajos. Conocía bien su *Orto y Ocaso* y eso me hizo adoptarlo como uno de mis más distinguidos maestros. Coincidíamos frecuentemente en distintos archivos y bibliotecas y tuve la suerte de intercambiar con él muchas de las inquietudes que siempre despierta en los historiadores las primeras inmersiones en la documentación. D. Antonio era serio pero tierno, cercano, acogedor, entrañable. Toda mi andadura investigadora ha estado marcada por su sombra más o menos cercana y ha estado ilustrada por la lectura de su magna, su incomparable obra. Murió como siempre había vivido: silenciosamente, sencillamente, trabajando hasta el final. Cuando le despedíamos en aquella fría mañana granadina pensé que ese era el mejor homenaje que podíamos rendirle, despedirle en silencio. Para hablar de él, para declarar su deslumbrante valía, quedaba su obra.

Mi conocimiento de D. Guillermo Lohman Villena se remonta a muchos años. Era muy amigo de mi maestro, el profesor Morales Padrón, y cada vez que venía por Sevilla, muy frecuentemente por cierto, tenía ocasión de saludarlo en la Escuela de Estudios Hispano- Americanos. Como pasa siempre que a un autor se conoce por su obra, estaba en su presencia con cierta familiaridad a pesar de su carácter aparentemente distante y reservado. Su figura alta, erguida hasta la última vez que le vi, hacía pensar más en su ascendencia alemana que en su Lima natal. Mestizaje afortunado que se reflejaba en su carácter: trabajador incansable, investigador constante y minucioso, puntual hasta grados máximos, caballero intachable y amigo de sus amigos como he tenido ocasión de comprobar en los últimos años cuando nuestra

relación académica fructificó en una colaboración investigadora de varios años y en una sincera amistad.

Doctor en Historia, Derecho y Ciencias Políticas por la Universidad Católica del Perú, ingresó en el servicio diplomático en 1943, destinado a la embajada de Perú en Madrid donde permaneció desde ese año hasta 1950 y desde 1952 a 1962. En 1965 fue destinado a la embajada de Buenos Aires y en 1974 fue nombrado Delegado Permanente en la UNESCO en París. En 1979, ya con rango de Embajador, volvió a Madrid como Secretario General de la Oficina de Educación Iberoamericana y allí estableció su residencia hasta 1983. Después, regresó a Lima donde ha ejercido su magisterio de forma continuada desde su cátedra de la Universidad de San Marcos, desde el Instituto Riva Agüero del que fue director y miembro de honor, o desde la Academia de la Historia de la que ha sido Presidente. Pero su corazón estaba dividido entre Lima y Sevilla, ciudad de la que fue un enamorado y a la que acudía todas las primaveras y siempre que se le ofrecía la menor oportunidad.

Desde su primer destino en Madrid en 1943, comenzaron sus visitas a la capital hispalense atraído por el Archivo General de Indias. De forma continua acudía los fines de semana y se alojaba en Casa Seras, en la Avenida de Manuel Siurot, residencia entonces del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, desde donde penetró en el círculo de jóvenes americanistas del momento: José Antonio Calderón Quijano, Antonio Muro Orejón, Francisco Morales Padrón, Guillermo Céspedes del Castillo, Enrique Sánchez Pedrote, Fernando de Armas Medina... Todo ello lo conecta muy pronto con la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, su casa durante sus estancias en Sevilla por la que aparecía todas las primaveras. Entonces era frecuente verlo muy temprano a la puerta del Archivo, a veces sentado en sus gradas, esperando a que abriera para ocupar su lugar que no abandonaba hasta el término de la jornada y donde, avaro de su tiempo, no permitía interrupciones. Pero en su atracción por Sevilla influía algo más profundo: la devoción por la Virgen de la Amargura a cuya estación penitencial del Domingo de Ramos acudió durante más de cuarenta años. Me consta que para ella fueron sus últimos recuerdos y que pidió ser enterrado con su túnica.

Sevilla le correspondió por medio de su Universidad que lo hizo Doctor *Honoris Causa* y por esta Academia que lo nombró Miembro de Honor en 1989. Era también Caballero de la Orden del Sol de Perú, poseía condecoraciones en Alemania, Argentina, Bolivia, Brasil, Chile, Colombia y Ecuador; en el año 1999 recibió la Medalla José de la Riva Agüero a la creatividad humana y los años 2003 y 2004 quedó finalista del premio Príncipe de Asturias.

Su producción es tan amplia que un historiador limeño, Pedro Guibovich, en un discurso que pronunció con motivo de la recepción de D. Guillermo como miembro Honorario del Claustro de la Universidad del Pacífico en 2004, no tiene duda al afirmar que ha sido el escritor peruano más prolífico de todos los tiempos. En efecto, con casi 500 títulos en su haber entre libros, opúsculos, artículos o reseñas, su abrumadora obra es difícil de sintetizar o clasificar por la variedad de temas que aborda, todos ellos con indudable acierto. Sus primeras grandes monografías, convertidas hoy en clásicas, nos indican la diversidad de materias que despertaban su interés: *El teatro en Lima*, *Las minas de Huanavelica*, *Los americanos en las Órdenes nobiliarias* o *El conde de Lemos*, *Virrey del Perú*, aparecidas todas en la década de los años cuarenta, muestran su curiosidad por la historia cultural, económica, social o biográfica, curiosidad que no le abandonaría en su larga vida de investigador y que no le impidió tocar otras materias como la historia político-militar – *Las defensas militares de Lima y Callao*- o administrativa –*Los regidores perpetuos de la Audiencia de Lima* o *El corregidor de Indios en el Perú bajo los Austrias*-, además de preocuparse por diversos y variados personajes del virreinato – Juan de Valencia el del Infante, Juan de Matienzo, el licenciado Diego Álvarez, Juan del Valle Caviedes, Victorino Montero del Aguila, el licenciado Francisco Fernández de Córdoba, D. Antonio León Pinelo, Fray Antonio de la Calancha, Juan de Hevia y Bolaños- entre otros, así como por plasmar muy documentadas semblanzas de ilustres comerciantes que actuaron en el Perú en los años primeros del siglo XVII y que recoge en su último libro *Plata del Perú, riqueza de Europa. Los mercaderes peruanos y el comercio con la metrópoli en el siglo XVII*, aparecido en el 2004, fruto de su constante y acuciante

trabajo de los últimos años en los fondos de protocolos notariales limeños que se conservan en el Archivo General de la Nación.

Entre su abundantísima producción juega un destacado papel la edición de fuentes realizada con minuciosidad; ediciones siempre acompañadas de eruditos y amplios estudios introductorios: *Memorias del virrey Joaquín de la Pezuela*, *El gran canciller de Indias*, de Antonio de León Pinelo, *Relación del descubrimiento del Perú* de Pedro Pizarro, *Noticia General del Perú* de López de Caravantes, *Disposiciones gubernativas del virrey Toledo*, en colaboración con Justina Sarabia o *El Marañón* de Diego de Aguilar y Córdoba, por citar sólo algunas de ellas que dan una idea de la dimensión de la obra del profesor Lohmann. Aunque sus preferencias siempre le tuvieron pendiente de la historia social y cultural –baste citar su importante obra *Les Espinosa: una familia d'hombres d'affaires en Espagne et aux Indes a l'époque de la colonisation*, aparecida en 1968- en sus últimos años dedicó a ésta mayor ahínco que se refleja en títulos como “Los corsos: una hornada monopolista en el Perú en el siglo XVII” amplio artículo aparecido en *Anuario de Estudios Americanos* (1994), *La Semana Santa de Lima*, (1996), *Inquisidores, virreyes y disidentes: el Santo Oficio y la sátira política* (1999) o *Familia, linajes y negocios entre Sevilla y las Indias. Los Almonte* (2003), escrita en colaboración con quien ahora les habla.

Pero toda esta producción queda empalidecida si se le compara con su humanidad, su hombría de bien, su sentido del humor. A punto de cumplir los noventa años, he escrito en algún otro lugar que el tiempo no lo rozó. La última vez que le vi permanecía lúcido, ilusionado con su trabajo, joven mental y físicamente, lleno de planes. Nada hacía presagiar el rápido desenlace de una enfermedad que parecía pasajera y que le obligó a suspender un nuevo viaje a Sevilla. Murió con la pena de no haber podido despedirse de su Virgen de la Amargura y de sus amigos sevillanos. Hoy, un grupo de ellos, nos hemos reunido aquí, para junto con otros dos ilustres compañeros, rendirle el homenaje que se ha ganado por derecho propio.